

Valery Katsuba

2. LAS CUATRO ESTACIONES. MIS AMIGOS

del libro "22 relatos con un epílogo"



Valery Katsuba. "Almuerzo en el huerto de cerezos". Rozhdestveno, 2000. En la fotografía: Anna Studenikova, Vladislav Mamyshev - Monroe, Igor Tokarenko, Yuri Vinogradov, Maria Matveeva, Valery Katsuba, Alexander Novikov, Ekaterina Andreeva, Andrey Peshekhodko, Daria Vyatkina, Paul Marsh y Erica Dodo.

El invierno del nuevo milenio, más precisamente del año 2000, que habíamos pasado a orillas del río Oredezh, me convenció de que, viviendo en San Petersburgo, necesitaba tener una dacha y, para ser preciso, una dacha en el Oredezh.

Como yo solo no podía permitirme alquilar una casa de campo, comencé a persuadir a Yuri Vinogradov, a quien le hice ver la necesidad de hacerlo: Yura era una de esas personas que había nacido para ayudar al prójimo, y más aún a sus seres amados y queridos amigos, tal era su condición. Por lo tanto, sin poner mucho esfuerzo en ello, lo convencí. Y tan pronto como las nieves se derritieron, la tierra se secó y el sol comenzó a calentarla, es decir, en mayo (iniciadas ya mis primeras exposiciones en San Petersburgo y Moscú), Yura y yo nos dispusimos a buscar una casa de verano para nosotros, donde realmente quería invitar a mis amigos.

Con la realización de este plan veía grandes cambios en mi vida: no tendría que esperar invitaciones de amigos al campo, sino que podría hacer de mi propia casa de pueblo el centro de verano de la vida artística de los residentes de San Petersburgo, llamémoslo así.

Por fin, un día, a finales de mayo, cuando el clima era ya maravilloso, salimos de San Petersburgo nuevamente hacia el Oredezh, en las cercanías de la aldea de Vyritsa, en busca de nuestra dacha. Durante la primera mitad del día, era agradable buscar una casa de campo a lo largo de las empinadas orillas del río, cubiertas de árboles altos. A la hora del almuerzo ya era un poco aburrido, y por la noche, agotador, ya que todas las casas dignas eran caras y las extrañas construcciones junto a las dachas de los dueños no podían interesarnos.

Empecé a pensar que mi plan no se correspondía con el estado real de las cosas y ya empezaba a enfadarme con Yura por mi decepción. Decidimos detener los intentos infructuosos de encontrar una residencia de campo y nos dirigimos a la carretera de Kiev para regresar a San Petersburgo.

Entramos a la carretera inmediatamente en la aldea de Rozhdestveno, que se extendía en largas hileras de casas de madera a ambos lados del camino. Yura, todo hay que decirlo, no era de los que se rendían fácilmente, y siempre se le ocurría algo para ver felices a sus seres queridos. Y por eso dijo:

- Preguntemos por esta aldea, Valerka. También está en el río Oredezh ...

Le respondí que este pueblo a lo largo de una carretera muy transitada no se correspondía con mis ideas sobre cómo debería ser un centro para reuniones amistosas de artistas. Yura, sin embargo, ni se inmutó, y comenzamos a conducir por las calles de la aldea en busca de los residentes locales. No encontramos, sin embargo, a ninguno: no eran visibles en las calles, porque, aunque había todavía luz del día al haber comenzado ya las Noches Blancas, era ya bastante tarde, alrededor de las 11 de la noche. Logramos encontrar por lo menos a un residente. Era Misha, un chaval de Rozhdestveno, según supimos después, que estaba reparando su coche en el patio de su casa.

Cuando le preguntamos si había dachas en alquiler allí, respondió que no le parecía que necesitáramos buscar ninguna porque ya la habíamos encontrado, por así decirlo, ya que su familia tenía en alquiler una casa en la misma orilla del río, a unos doscientos metros de la carretera. Luego, rápidamente terminó de reparar el auto, saltó a él y nos ordenó que lo siguiéramos.

Y obedeciendo a Misha, llegamos a una choza, inclinada a un lado, con pequeñas ventanas que, sin embargo, daban a un huerto de cerezos, y detrás del mismo, a un paisaje de la crecida del río Oredezh. Bajando de los autos, entramos por un porche con ventanas en forma de diamante a la casa en la que había dos cuartos diminutos y estrechos llenos de muebles de abuela y otro cuarto con las paredes inclinadas que estaba en el desván. Hice una mueca. Misha, al darse cuenta de esto, dijo.

- Escuchen, ¿a dónde van a ir ahora? ¡Ya es tarde! Quédense aquí a pasar la noche, en la casa,; yo les invito, y mañana deciden si la alquilan o no.

Estábamos realmente cansados y, como no quería deshacerme del sueño de una hermosa casa que, según mis suposiciones, se convertiría en el centro de la vida artística veraniega de San Petersburgo, me di por vencido y acepté la invitación de pasar la noche en aquella choza.

A la mañana siguiente, despertándonos a eso de las nueve de la mañana, vimos la luz del sol a través de las ventanas de la pequeña habitación, que se abría paso entre los cerezos y el fuerte roble del jardín. Por este jardín decidimos bajar al río.

Yo observaba las imágenes de la aldea a ambos lados y no estaba muy contento con lo que veía. Sin embargo, ya en el mismo río, cuando vimos las vistas abiertas del empinado acantilado de arena roja frente a nosotros, y junto a él la mansión neoclásica de madera del escritor Nabokov, con su entrada de columnas y el antiguo campanario de una iglesia en lo alto, mi visión de Rozhdestveno comenzó a cambiar.

Volviendo del río a la casa, encontramos allí a Misha, que nos ofreció un buen precio por aquella choza inclinada a un lado, y no pudimos resistirnos. Y fue una decisión que después me hizo increíblemente feliz, aunque no fuera la casa la que acabó convirtiéndose en el centro de la vida en campo, sino el roble de densa copa que había en el jardín. Brindaba sombra en el verano, y bajo ella cada fin de semana nos reuníamos diez o incluso más de nuestros amigos. Durante todo el verano, que no se hizo esperar mucho, nos tumbamos bajo el roble, admiramos el río, la mansión y la iglesia, cocinamos comidas y cenas a la parrilla y bebimos vino rosado.

Nuestra vecina del lado derecho, mirando hacia el río, era una maravillosa mujer de origen ingrio, Nadezhda Ivanova, de 70 años. Y en el lado izquierdo vivían un padre y un hijo que no eran muy sonrientes y que todos los sábados, Yura había llegado a un acuerdo con ellos, calentaban su *banya* de madera para nosotros junto al agua. Y mis amigos y yo solíamos ir allí, echábamos vapor y luego nos zambullíamos desnudos en el río.

A pesar de esta gentileza, nuestros vecinos de la izquierda nos seguían pareciendo extraños, y compartimos esta observación con Nadezhda Ivanovna, viéndola un día debajo de nuestro roble al mediodía, ya abierta la botella de vino rosado. A lo que ella, veterana del territorio, subiendo al porche de su casa, habiendo terminado ya de cuidar las flores en los parterres de su huerto, nos respondió:

- ¿Y vosotros, no sois extraños?

Lo entendimos todo y no volvimos a molestar a Nadezhda Ivanovna con nuestras tonterías nunca más.

Se acercaba el 21 de julio, mi cumpleaños. Las fotografías de bailes y banquetes de principios del siglo XX en palacios de ciudad y casas de campo, vistas en el archivo de San Petersburgo antes del Año Nuevo del 2000, todavía me emocionaban. Los retratos grupales de nuestros contemporáneos en el encuentro del milenio, que tomamos en la víspera de Año Nuevo de 2000 en San Petersburgo, en palacios y clubes, había sido buenos, pero no del todo satisfactorios.

Quería tomar una fotografía que mostrara la conexión obvia de nuestro tiempo actual con la inspiración y la elegancia de la Edad de Plata en el arte del Imperio Ruso y que nos identificara, a mí y a mis amigos, como receptores de dicha tradición. Y quería hacer fotografías en el campo.

El cumpleaños en julio era una buena ocasión para ello. Llamé a mis amigos ese día, 21 de julio de 2000, a la choza en Rozhdestveno tanto para comer como para fotografiarnos. Estuvieron de acuerdo y vinieron. Yura y el fotógrafo Zhenya Sorokin me brindaron una ayuda invaluable. Nos tomamos una foto en el huerto de cerezos, en una mesa grande y festivamente dispuesta, en la que aparecemos doce de nuestros amigos junto a mí y al follaje de ese roble, que en los días calurosos nos daba sombra.

Esta fotografía fue el comienzo de la historia "Las 4 Estaciones. Mis amigos". Cuando la comentamos por primera vez, después de haberla visto juntos en el laboratorio donde la revelamos, Zhenya Sorokin me aconsejó que tomara más retratos separados de cada uno de mis amigos, además de la fotografía grupal, y que, por lo tanto, hiciera un narrativo en fotografías.

Estuve de acuerdo con él. Además, ya estaba preparado para ello. A menudo miraba a mis amigos. Miraba sus rostros durante nuestras cenas conjuntas, viajes, fiestas, adivinando la exclusividad de cada uno de ellos y tratando de recordar su belleza especial. Supe en ese momento que los retratos tenían que ser tomados para que se vieran (o leyeran) juntos, como notas o diarios de nuestros pasatiempos, de nuestras relaciones amistosas y amorosas, en las extensiones de los paisajes naturales y arquitectónicos que nos rodeaban: en Rubinstein Street en San Petersburgo, en la pista de hielo de la isla de Yelagin, en la aldea ingria de Rozhdestveno entre otros lugares... Mis amigos deberían haber vestido sus mejores y más apropiadas galas para ese momento, ya que ante nosotros, por supuesto, estaba esperando el tiempo, que todavía no conocíamos y del que esperábamos lo mejor, siendo como éramos jóvenes, regordetes y llenos de fuerza, creatividad y muchos planes.

Además de retratos individuales de amigos, también quería hacer cuatro fotografías generales o, digamos, colectivas en cada una de las estaciones. La fotografía de verano ya estaba lista, después hicimos la de otoño. Llegó la hora de la de invierno.

Decidí hacerla ya en 2001 en la inundación congelada del Oredezh y tomándola como una *Kolyada*. Es decir, todos mis amigos tenían que ir disfrazados de animales, con trineos y esquís, con los que, según dicen, caminan por los patios de la aldea en Año Nuevo del antiguo calendario, y cantan, bailan y recogen las ofrendas de los habitantes, como era costumbre en el pueblo bielorruso donde yo nací, desde tiempos inmemoriales hasta los años 70 del siglo XX.

Mientras buscaba los disfraces y persuadía a los participantes para que se dejaran fotografiar, llegó marzo. Y así, un domingo, al comienzo de la primavera, finalmente fuimos al Oredezh. En nuestra choza, que Vladik Monroe una vez llamó *Monplaisir*, nos cambiamos de ropa y fuimos al río. Zhenya Sorokin estaba detrás de la cámara. Construí una *mise-en-scène*, es decir, dispuse en fila a todos los osos, ardillas y zorros con trineos y esquís sobre el hielo del río que domina la finca de Nabokov y la iglesia. Yo mismo entré a formar parte de este variopinto grupo de amigos. La nieve húmeda caía de las nubes bajas y grises; Zhenya Sorokin advirtió que tomaría la foto a la de tres y, asegurándose de que todos estaban bien puestos, de que estaba todo como tenía que estar, comenzó a retroceder a lo largo del río, diciendo uno, dos y... ¡a la cuenta de tres se cayó a través del hielo!

Cayó hasta la cintura, pero le dio tiempo de estirar la mano por encima de su cabeza y salvar la cámara del agua helada. Osos y ardillas, aturdidos, cubiertos de nieve, corrimos en su ayuda. De repente, Zhenya saltó solo, o fue el río quien lo empujó, y después de un par de segundos estaba nuevamente de pie en el hielo, cerca del agujero. Los animalitos lo tomamos de los brazos y lo condujimos al interior de la casa, caldeada por la estufa de piedra, para mantenerle caliente. La sesión de fotos se tuvo que suspender. Yura y yo fuimos a la tienda de la aldea a comprar ropa para Zhenya y vodka para frotarle mientras él se secaba en casa.

No había nada de ropa en la tienda del pueblo, excepto medias de lana para mujeres. Compramos dos pares para Zhenya y también botas de fieltro. Zhenya no quería frotarse con vodka, prefería bebérselo. Solo tras unos tragos accedió a ponerse los dos pares de medias y las botas de fieltro. Cambiamos de concepto y decidimos hacer la fotografía en la colina donde se alzaba la mansión de Nabokov, con vistas al río y a la aldea. Exactamente en el mismo lugar donde el otoño pasado tomé un retrato de mi vieja y querida amiga de San Petersburgo, Dasha Vyatkina, paseando en bicicleta.

En ese momento, el cielo se había despejado de nubes y el sol brillaba, listo, sin embargo, para caer por debajo del horizonte. Como resultado, obtuvimos una fotografía de invierno, así como un nuevo romance, un nuevo amor que luego devendría en relaciones familiares de dos de los

participantes en la sesión: el fotógrafo Andrey Samatuga y Sasha Kulikova, médica en ese momento. Conocer de la historia de Sasha y Andrey, de cómo había nacido en la sesión de fotos de la *Kolyada*, fue algo hermoso y un poco dramático al principio, puesto que ambos, tanto Sasha como Andrey, estaban en otras relaciones antes de conocerse en el set...

Tuvimos alquilada *Monplaisir*, en Rozhdestveno, según recuerdo, dos años y medio. Y entonces los tiempos cambiaron. Dejamos de ir al Oredezh y regresamos allí una sola vez después de que Yura hubiese partido.

Nos despedimos de nuestro amigo en la primavera de 2009 y en otoño del mismo año llegamos al Oredezh. Fuimos Dasha Vyatkina y yo. Subimos a la colina en la que se alzaba la mansión de Nabokov y se abrían las vistas al río, al huerto de cerezos con el fuerte roble y a la choza desvencijada que una vez había sido nuestra casa.

Era finales de septiembre. La colina estaba cubierta de hojas amarillas de arce. A lo largo del río, en los jardines del pueblo, las hogueras hechas de hierba seca recogida en montones humeaban, los hilos de telarañas volaban en el aire transparente y callado. Dasha y yo nos sentamos en la colina, cada uno pensando en sus cosas.

Yo recordaba a Yura. Más precisamente, esos días que pasé en las estribaciones del Cáucaso, en el pequeño pueblo de Kislovodsk. Recordé cómo Yura vino a visitarme allí. Como deambulamos por los caminos, que llamaban caminos de la salud (*terrenkur*), en las montañas, y como en uno de ellos nos encontramos con la artista de Moscú Olga Soldatova (de soldado), a quien Yura siempre llamó Samoletova (de avión), porque a Olga le encantaba dibujar aviones.

Fue, creo, en el año 2002, en mayo. Fui al Cáucaso para descansar en paz y tranquilidad y beber aguas minerales curativas. Alquilé una pequeña casa de propietarios privados y esperaba a Yura allí. Los albaricoqueros florecían en las montañas, los rábanos, las cebollas verdes y el eneldo ya habían crecido. El tiempo que Yura estuvo allí, solíamos preparar una ensalada con ayran (*kéfir*) de rábano y cebolla. No recuerdo por qué, pero Yura no pudo ir a Kislovodsk durante mucho tiempo. Lo extrañaba. Y recuerdo bien cómo un día, volviendo a casa, entrando al pasillo, sentí que Yura había llegado. Y así era. Mi amigo había encontrado la casa, las llaves escondidas donde yo le había dicho que estaban, y descansaba, merecidamente, tras un largo camino, tumbado en la cama de la habitación grande ...

Estaba en Kislovodsk en aquella visita ya con mi propia cámara, una de motor Hasselblad; un regalo, más precisamente, un don para mí, del fotógrafo escocés Neil Kirk. Neil decidió hacerme este regalo porque le gustaron las fotografías que yo dirigía, a pesar de que eran mis amigos fotógrafos quienes las hacían. Neil insistía en que debería tomar las fotos yo mismo, así que me regaló su vieja cámara. Más tarde, sin embargo, en una exposición en la Real Academia de Bellas Artes en Londres, donde se presentaba uno de mis proyectos, realizado para la compañía *Fabergé* a petición de su directora de arte Katharina Flohr, Neil bromeó al ver mi éxito:

- Sería mejor que le hubiera regalado (es decir, a mí) un patinete en lugar de una cámara...

Sus palabras siguen siendo un misterio para mí.

En cualquier caso, la primera foto que hice yo solo con la cámara Hasselblad de Neil era un retrato de Yura en el Cáucaso. Cabe señalar que Yura sirvió de base para toda la historia de Estaciones y fue su inspiración, ya que, más que cualquiera de mis otros amigos, él se parecía a

los héroes de la Edad de Plata. Decidí fotografiar a Yura en un caballo sobre un acantilado con vistas a las estribaciones del Cáucaso, paisaje elogiado por el poeta Lermontov, vistiéndolo como un kabardiano con un sombrero (burka), una capa y plantado un halcón en su mano con una manopla de cuero con la ayuda de los residentes locales.

Mi primera sesión de fotografías tomó mucho tiempo. Así que llamaba a Andrey Samatuga a San Petersburgo para pedirle consejo y, a pesar de eso, inserté la primera película en el lado equivocado. Yura, por otra parte, soportaba valientemente todo, y solo años después admitió que le había resultado bastante incómodo para él sentarse en un caballo desconocido, con un halcón en el brazo y, por si fuera poco, sobre un acantilado.

Luego, yo recordaba, mirando desde la colina a una vez nuestra choza destartada, en el río Oredezh, como a Yura y a mí se nos ocurrió diseñar y decorar los picnics en la aldea de Rozhdestveno ...

Aquí mis recuerdos, uno antecediendo al otro, se adentraron en un pasado más lejano - en mi infancia. Recordé como una vez, cuando era niño, a los cinco años o así, nosotros, mi padre, madre y mi hermano mayor y mejor amigo -la diferencia de edad entre nosotros es de menos de dos años-, fuimos en la motocicleta de mi padre, con un sidecar a un lado, a un pequeño río para nadar y también hacer fotografías escenificadas de picnics. Padre y madre se vistieron muy bellos, estábamos también especialmente bien vestidos mi hermano y yo. Otra vez llevamos una botella de vino y un transistor a la sesión fotográfica y, ya en la orilla del río, mi padre nos pidió a mí, a mi hermano y a nuestra hermosa madre que nos sentáramos en el prado verde, puso la botella de vino frente a nuestra madre, el transistor frente a mí y mi hermano, instaló la cámara en modo automático y se unió a nosotros. Resultó ser una gran fotografía.

Después de eso, mi padre se acostumbró a fotografiarnos ya con mi hermano menor, quien nació en aquella época, quien siempre me apoyó en mis experimentos artísticos. A mi padre se le ocurrían diferentes escenarios: a veces, pasando el tiempo en el lago, otras, paseando por los campos en moto con unas vistas maravillosas. También nos fotografiaba en el huerto de flores con las abuelas, y cuando consiguió el segundo automóvil en toda nuestra aldea bielorrusa, nos tomaba fotos en el coche con mi madre y la tía Valya, una asistente de la familia.

Una de sus primeras fotografías, y mi favorita, fue el retrato de nuestra madre cuando se conocieron a principios de los años 60. En esta foto, nuevamente con vistas a los campos y al bosque, mamá, con un vestido simple y elegante y un pañuelo sobre los hombros, está de pie junto a la motocicleta recién comprada de papá.

Mi padre mismo revelaba las películas, imprimía las fotografías en blanco y negro y las enrollaba sobre vidrio para hacerlas brillantes. Luego ponía el vidrio cerca de la estufa caliente, y mis hermanos y yo esperábamos con interés el momento en que las fotografías se secaran y comenzaran a rebotar en el cristal. No nos gustaba mucho que nos fotografiaran, pero las fotografías terminadas se esperaban con ansias y nos gustaba observarlas.

Una vez, incluso, les agregamos a nuestras cabezas gorras blancas, que teníamos en una de las sesiones de mi padre, y en la foto se fusionaron completamente con el fondo del cielo azul transparente. Hace muy poco me di cuenta de que mi padre era un fotógrafo de escena muy talentoso.

- Vamos, Valerka, ya está oscureciendo, me sustrajo Dasha de mis recuerdos, trayéndome de golpe al crepúsculo que avanzaba sobre el Oredezh.
- Sí, vamos, acepté.

Comenzamos a descender la colina, con la mansión de Nabokov a un lado, hasta el automóvil, y Dasha, mirando el río y la casa inclinada de lado en su orilla, dijo:

- Uno suele pensar que la felicidad siempre está por llegar, que no se quedará detrás de las montañas. La felicidad existe. Yo era feliz allí bajo el roble, a su sombra. Y me acabo de dar cuenta ahora mismo.

Bajamos la colina hasta el coche de Dasha, un todoterreno azul claro aparcado al pie. Sacudiéndonos las hojas otoñales pegadas a los zapatos, nos subimos en el auto y nos adentramos en la ciudad, dejando atrás la iglesia alta en la colina, la mansión con columnas de madera y la pequeña casa inclinada de lado junto al río, en el huerto de cerezos.